
24. LA NECESIDAD DE LA ÉTICA Y LA ESTÉTICA EN DIVERSAS PROBLEMÁTICAS EDUCATIVAS ACTUALES

Jeannette Escalera Bourillon

En este escrito se considera la necesidad de revisar algunas problemáticas educativas actuales y si estamos pensando bien lo que es y debe ser la educación y, si a nuestras conceptualizaciones sobre pedagogía no les hacen falta algunos ingredientes necesarios, algo que combine la imaginación artística con la racionalidad científica, un truco que despierte el ansia de verdad y de bondad, que abra- ce desde nuestras emociones la intención de crear y ser creativo; que estreche, en su presentación sensible, un preludio de silencio, en donde la magia del principio de una simultaneidad esencial se despliegue, y el ser más disperso y desunido conquiste su unidad (Bachelard, 1985, p. 226).

Comenzaré mi exposición con una frase de Antonio Paniagua que dice:

El escritor ha evocado a Aristóteles al subrayar que mientras los historia- dores cuentan lo que sucedió, los poetas se encargan de narrar lo que debía suceder. “Habrà que aceptar que la poesía puede efectivamente corregir las erratas de la historia y que esa credulidad nos inmuniza contra la decepción (Paniagua, 2013).

Creo en esa necesidad de corregir las erratas de la historia mediante la ironía poética, desde donde surge “una unión entre el sentido de la vida como arte y el espíritu del aprendizaje y de la ciencia” (Egan, 2000, p. 203).

Escogí a Juan Rulfo para desarrollar este escrito porque es uno de los grandes escritores de la literatura iberoamericana; porque entrelaza en su obra, con admirable destreza, la realidad típica de los pueblos de México, con sus grandes problemáticas socio-culturales y con su mundo fantástico interior, y porque nos muestra en imágenes muy bien logradas los sonidos del silencio de nuestra identidad.

De pronto, escuché el taconear de aquellos pasos que hacían retumbar el piso aquel en donde yo me encontraba sentada en una silla incómoda. Por un momento, me pareció que su rumorear había cesado –pero no– seguían sonando y sonando..., cada vez se oían repicar más cerca. Supe que se aproximaban, porque su chillar era más agudo instante tras instante. Entonces me acordé de aquel cuento de Juan Rulfo que había leído durante mi adolescencia. Ese, que tanto me había impresionado:

Dicen los de Luvina que de aquellas barrancas suben los sueños; pero yo lo único que vi subir fue el viento, en tremolina, como si allá abajo lo tuvieran encañonado en tubos de carrizo. Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos al despeñadero de los montes (Rulfo, 2013, pp. 99-100).

Allí, mientras me sumía en los recuerdos de aquel cuento, la puerta se abrió bruscamente y se azotó, haciendo que el retumbe me sacara de mi mundo y me trasladara a una realidad tan áspera y fría que hacía que mi cuerpo se enronchara.

¿Por qué me siento tan mal? –me pregunté–, ¿qué le pasa al mundo de aquí afuera que me provoca tanta urticaria? Pero esa pregunta no me la pude responder, porque antes de que me apresurara a contestarla, escuché la voz aguda que venía de aquellos pasos que habían sacudido aquella puerta.

Era esa voz despiadada que representa la expresión del funcionalismo, caracterizado por el utilitarismo: esa voz que zumba y aturde, esa voz que no deja de rumiar que el objetivo de todo, incluyendo a la educación, es instituir un proyecto que integre y aporte conocimientos sobre el funcionamiento de la comunicación social.

Aunada a esta expresión de aquel hombre, me vino a la memoria una charla que había sostenido con una de mis alumnas. Ella criticaba la idea, que se escucha en algunas universidades que se dedican a la formación de profesores, de profesionales de la educación y de pedagogos; idea que afirma que la intervención pedagógica se reduce al trabajo de campo, como un medio en donde el observador realiza una síntesis explicativa de los datos etnográficos, con la finalidad de establecer y comparar regularidades sustentables empíricamente; de construir teorías que constituyan lo que es el ser humano. Ella me hacía la siguiente pregunta: –¿Si todos los seres humanos fuéramos iguales, podríamos ser medidos de la misma manera; pero si somos diferentes –porque tenemos nuestras propias particularidades– entonces, cómo es que se nos quiere ubicar en el mundo como si todos estuviéramos cortados con la misma tijera y de la misma manera? Porque sabemos que cada comunidad, cada sociedad, participa de características culturales propias que la distinguen de las demás, y en esas distinciones reside la riqueza.

Las observaciones de mi pequeña alumna me dejaban perpleja, porque cuando yo tenía su edad había leído un libro muy interesante de Georges Canghilem, *Lo normal y lo patológico*, en donde el autor hacía hincapié en que no es la intervención la que esclarece la teoría, sino la teoría la que desenmaraña y domina a la práctica. Con el estudio de algunas cuantas características de unas cuantas muestras de algunos comportamientos humanos no podemos inducir generalidades sostenibles, y mucho menos, infalibles. No podemos identificar a un grupo social y luego concluir que todos los demás son iguales.

Recordé, de pronto, el bullicio del salón de clases, cuando nuestro profesor de filosofía de la ciencia nos ponía a reflexionar sobre

estas cuestiones y me pareció sentir esa tremolina de la que hablaba Rulfo en el cuento.

Canghilem utiliza ejemplos de la medicina para explicarnos que del concepto de promedio no se puede hacer válido el concepto de norma o normal; así nos dice: “La investigación de valores biológicos promedio está desprovista de sentido en lo referente a un mismo individuo” (1978, p. 113). Con esta afirmación Canghilem nos manifiesta lo que ya habíamos dicho antes, que no podemos deducir nada, absolutamente verdadero, ni siquiera medianamente certero del análisis de ciertos esquemas de acción. Pues la sociedad no es una entidad orgánica cuya normalidad viene postulada por fenómenos que se repiten regular y sistemáticamente.

Por eso, cuando estaba allí sentada escuchando esos pasos sin rumbo que se deslizaban de un lugar a otro sin encontrar algún camino, me pareció percibir la voz de Antonio Paniagua decir: “La poesía puede corregir las erratas de la historia”. Pues, “mientras los historiadores cuentan lo que sucedió, los poetas se encargan de narrar lo que debía suceder” (2013).

Tal vez, por eso, José Vasconcelos afirmaba lo siguiente: “Hemos estado pensando con sólo ideas y es menester que la filosofía disponga de los instrumentos del conocer que nos revela la cualidad. Son estos: el ritmo, la melodía y la armonía. Coordinar es en el fondo armonizar” (1994, p. 54).

Canghilem tiene muy claro que la utilización de los promedios genera que desaparezca el carácter oscilatorio y rítmico de los fenómenos; un movimiento en el esquema estadístico, no permite decidir si el desvío es normal o anormal, Así nos dice:

La reforma hospitalaria como la reforma pedagógica expresan una exigencia de racionalización que aparece igualmente en política, así como aparece en la economía bajo el efecto del naciente maquinismo industrial, y así es como desemboca, por último, en lo que se ha llamado después “normalización” (1978, p. 184).

Sin embargo, el enfoque normativo para evaluar nuestros actos, esfuerzos y conocimientos se despliega por todos lados como si fuera un certero método para decirnos quienes somos. “La política de evaluación aparece, entonces, encarnada en el control como telón de fondo en la conformación de los cuerpos académicos. Esto no es arbitrario, sino resultado de concebir al examen como el recurso predilecto de control y sanción” (Monroy, 2011, p. 195).

En estos sistemas pragmáticos y mecanicistas, se pretende que todos los seres humanos somos tan iguales que no debe haber diferencias entre unos y otros.

Se define al sujeto como algo observable, cuantificable y manipulable; y viene a constituir una aplicación del *univocismo* evaluativo al espacio educativo [...] Control que al prestarse para seleccionar, clasificar y distribuir a los evaluados según sus resultados en un examen (medición), cumple su encomienda de realizar la distribución sociolaboral (Monroy, 2011, p. 198).

En estas reflexiones andaba mi cerebro cuando ya sin estar atenta a lo que sucedía afuera, me percaté de los gritos de los niños que jugaban y reían a lo lejos. Me trasladé al instante de la ironía, y me burlé en secreto de las suplencias de aquellos doctos que me acompañaban dictando sus discursos aterrizantes. Entonces, la imagen de aquel hombre que bebía cerveza y que hablaba de Luvina, invadió mi mente. Me pareció que lo escuchaba, que me decía:

—Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar muy triste. Usted que va para allá se dará cuenta. Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Donde no se conoce la sonrisa, como si a toda la gente le hubieran entablado la cara. Y usted, si quiere, puede ver esa tristeza a la hora que quiera (Rulfo, 2013, p. 102).

Pero yo no sé si quería verla o seguir sentada en aquella silla escuchando disparates. De pronto una voz elocuente y llena de

sabiduría vana, comenzó a parlotear moviendo las manos con una serie de ademanes hipnotizantes. Hablaba sobre la importancia de los métodos de recolección de datos, sus limitaciones, la fiabilidad y validez, del análisis de pruebas, de las hojas de control del análisis de pruebas documentales, del diseño y distribución de cuestionarios, de la planificación y distribución de entrevistas, del registro y la verificación, de la hoja de control de estudios de observación, y de no sé qué más..., porque comencé a aburrirme. Como estaba tan acongojada con mi aburrimiento, no me enteré de aquel instante en el que otro de los allí reunidos copiaba aquella frase que afirmaba: “Puesto que la conducta de animales y hombres es públicamente observable, los informes y descripciones de ella pueden constituir los datos objetivos de la Psicología; y el concepto de conducta no envuelve ninguna suposición filosófica cuestionable” (Stevenson, 1993, p. 131).

En ese momento desperté, pues tales afirmaciones me parecían una pesadilla, brinqué de la silla incómoda en donde permanecía sentada, e hice tales movimientos ruidosos que interrumpí la facunda conferencia. Todos voltearon a mirarme, y como la atención de todos estaba puesta en mí, me atreví a defender, por más de una vez, la importancia que la filosofía tiene en el arte de reflexionar sobre lo que se cree acabado.

El rechazo a mis afirmaciones fue unánime. Era un ambiente tenso, como si lo que hubiera dicho yo no fueran más que vituperios. Me acordé, de pronto, de aquel detective que describe Chéjov en *Un drama de caza*, el que buscaba al asesino de la mujer de la que él mismo había estado enamorado. Recordé los artilugios que utilizó para culpar a aquel hombre inocente de ese crimen. El detective recolectó datos, desarrolló informes, aplicó entrevistas, desplegó análisis de pruebas, utilizó controles de incidentes críticos, interpretó y presentó los datos, administró preguntas verbales, y después de todos esos pasos presentó un informe final. Desde entonces nadie dudó que el detective había descubierto al verdadero culpable del espantoso crimen.

Todas las pruebas apuntaban la firme certeza de que el marido de la muchacha del vestido rojo había sido quien la había matado. Nadie dudó porque el método preciso del detective había sido aplicado sin titubeos. No dio lugar a la duda, pues realizó sus observaciones, preguntas, entrevistas, informes, controles, con exactitud. Con todo ello, parecía no haber plagio alguno. ¿Pero, entonces, por qué un inocente había sido condenado? ¿Dónde estaba la falla? ¿Por qué nadie se daba cuenta del error? ¿Será, quizás, porque definición, descripción y explicación están estrechamente relacionados y son a menudo difíciles de distinguir? ¿O será que el elemento menos visible pero más importante, la explicación, había sido falseada? ¿O, tal vez, en el modelo que aplicó el detective faltaron elementos que no fueron considerados? ¿Podría ser que no construyó, ante los demás, los planteamientos correctos y formuló sus tesis claras, y sus hipótesis bien determinadas? ¿Qué fue lo que pasó, que nadie descubrió al verdadero asesino?

La novela de Chéjov ilustra lo que Canguilem demuestra a través de todo su discurso en *Lo normal y lo patológico* o lo que Jean Baudrillard llama *El crimen perfecto*:

En la apariencia, las cosas son tal como se ofrecen. Aparecen y desaparecen sin dejar traslucir nada. [...] Hacen señales, pero no se dejan descifrar. [...] En la simulación, por el contrario, en ese gigantesco dispositivo de sentido, de cálculo y de eficiencia que engloba todos nuestros artificios técnicos incluyendo la actual realidad virtual, se ha perdido la ilusión del signo, a favor de su operación (Baudrillard, 1996, p. 31).

Por todo lo dicho antes, habrá que analizar las diferentes problemáticas educativas actuales y revisar si estamos pensando bien lo que es y debe ser la educación.

Porque, la esencia poética –tan difícil de apresar– se resuelve en imágenes que intentan solucionar la lucha de opuestos en unión; conjunciones de ecos alternantes; erotismo que nos conduce a un cosmos maravilloso, cerrado, para el mundo de asociaciones

rutinarias. Ciertamente los poemas son estructuras, pero las formas de hablar y de ver y de decir acerca del intramundo, del ultramundo expresan más que el análisis estructural (Basave, 2002, p. 285).

Así nos dice el poeta chileno Vicente Huidobro, nacido en 1893 en su poema *Arte poética*: “Que el verso sea como una llave / que abra mil puertas” (p. 301).

Yo seguí sentada en aquella silla incómoda, escuchaba aquellos pasos desorientados, que taconeaban con fuerza y hacían mucho ruido, aquellos pasos que con su ritmo me introducían nuevamente en el cuento de Luvina:

Y yo allí sin saber qué hacer.

Poco antes del amanecer se calmó el viento. Después regresó. Pero hubo un momento en esa madrugada en que todo se quedó tranquilo, como si el cielo se hubiera juntado con la tierra, aplastando los ruidos con su peso... Se oía la respiración de los niños ya descansada. Oía el resuello de mi mujer ahí a mi lado:

—¿Qué es? —me dijo.

—¿Qué es qué? —le pregunté.

—Eso, el ruido ese.

—Es el silencio, Duérmete. Descansa, aunque sea un poquito, porque ya va a amanecer (Rulfo, 2013, p. 105).

REFERENCIAS

- Basave, A. (2002). *¿Qué es la poesía?* México: FCE.
- Bachelard, G. (1985). *El derecho de soñar*. México: FCE.
- Baudrillard, J. (1996). *El crimen perfecto*. Barcelona: Anagrama.
- Canghilem, G. (1978). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.
- Chéjov, A. (2012). *Un drama de caza*. México: UV.
- Egan, K. (2000). *Mentes educadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Monroy, F. (2011). La política del control docente al servicio de un estado evaluador. Telón de fondo en la conformación de los cuerpos académicos. En *Derechos y justicia en el pluralismo y la globalización*. México: UAEM.

- Paniagua, A. La poesía puede corregir las erratas de la historia. José Manuel Caballero Bonald reivindica el verso como arma liberadora y procuradora de consuelo. Recuperado el 23 de abril de 2013 de: *elcorreo.com*
- Rulfo, J. (2013). Luvina. En *El Llano en Llamas*. México: RM.
- Stevenson, L. (1993). *Siete teorías de la Naturaleza humana*. España: Cátedra.
- Vasconcelos, J. (1994). *Filosofía estética*. México: Espasa-Calpe.